



Capítulo 187 - Una madre que llora

Mientras Katharina murmuraba en voz baja, visiblemente irritada, Rosseline suspiró y desvió su mirada hacia Alexa, quien tenía una sonrisa torcida en su rostro, como si disfrutara viendo la incomodidad de la otra.

"Pensé que irías directamente tras él", comentó Rosseline casualmente mientras evaluaba a Alexa con ojos experimentados.

"Me hubiera gustado", respondió Alexa con un tono de falsa resignación. "Pero parece que está... ocupado. Ha empezado a buscar amigos de la Deep Web con conexiones con el Mundo Demonio. Parece querer encontrar a ese Rey Demonio, aunque no sabe que ya se ha encontrado con uno."

Rosseline arqueó una ceja, intrigada pero no sorprendida. "No creo que sea un problema inmediato. Le llevará mucho tiempo entenderlo todo".

—Sí, eso me dará tiempo para evitar que haga alguna estupidez —dijo Alexa, cruzándose de brazos y apoyándose en la pared. Sin embargo, su mirada se dirigió brevemente a Katharina, casi como si quisiera provocarla aún más.

Rosseline asintió, pero antes de que pudiera continuar, su mirada volvió a Katharina, quien estaba visiblemente irritada. La tensión era palpable, y Rosseline, como siempre, no pudo resistirse a explorar el drama.

"Ahora, volvamos a nuestro tema..." empezó Rosseline, pero se detuvo para observar a Katharina con una sonrisa curiosa. "¿Qué pasa?"

Katharina se giró, con una mirada penetrante, casi gruñona. "Nada. Simplemente era demasiado cercana a alguien que conozco."





Alexa frunció el ceño, confundida, pero manteniendo su postura segura. "¿Eh? ¿Alguien que conoces? ¿A quién?"

Katharina apretó los puños, intentando claramente mantener la compostura. "No importa", respondió secamente, volviendo la cara.

—Oh, no hagas eso —insistió Alexa, inclinándose ligeramente hacia adelante como si buscara una respuesta—. Estás tan tensa... Apuesto a que es algo bueno.

"Eres tan irritante como lo recordaba", replicó Katharina, cruzando los brazos y poniendo los ojos en blanco.

Rosseline rió en voz baja, disfrutando del espectáculo. "¿Se conocen? Esto se está poniendo interesante..."

"Desafortunadamente, sí", respondió Katharina, lanzando una mirada asesina a Alexa.

—Oh, no seas tan fría, ¿ni siquiera con las mujeres que te piden que te alejes de Vergil? Aunque hace tiempo que no lo veo... —bromeó Alexa, con una sonrisa aún mayor—. Recuerdo que tenías un don especial para dramatizarlo todo. ¿Sigues en esa fase, Katharina? ¿O ya lo superaste?

"Lo superaría más rápido si desaparecieras", respondió Katharina con sarcasmo.

Rosseline suspiró y apoyó la cabeza en una mano, observando cómo ambos intercambiaban pullas como si fueran un duelo de espadas. "Bueno, parece que





tendré que ser yo la adulta responsable", dijo, golpeando suavemente la mesa para llamar su atención.

Alexa se encogió de hombros, mientras Katharina miraba hacia otro lado, claramente no dispuesta a ceder.

—Katharina, céntrate en el contrato. Alexa, deja de provocarla. Tenemos problemas más grandes que las rivalidades personales —declaró Rosseline con voz firme.

Alexa sonrió, pero no pudo resistirse a lanzarle una última mirada provocativa a Katharina. "Claro, jefa. No jugaré más... por ahora".

Katharina resopló, pero decidió no responder. Rosseline, por su parte, ya estaba cogiendo otro sobre de la mesa, lista para concentrarse por fin en la tarea en cuestión.

Cuando Katharina comenzó su nueva aventura...

[Palacio del Clan Baal]

Las ornamentadas puertas del palacio se abrieron con un suave crujido, revelando el majestuoso interior iluminado por candelabros de cristal. Ada entró en el gran salón; sus pasos resonaron en el vasto suelo de mármol. Sus ojos contemplaron con serenidad el entorno familiar, pero su expresión permaneció neutral, como siempre.

Al poco rato, una figura apresurada apareció en el pasillo. Ei, una de las sirvientas más confiables de su familia, parecía visiblemente nerviosa. Su expresión, normalmente tranquila y serena, ahora denotaba preocupación.





"¿Eh?" preguntó Ada, entrecerrando los ojos al notar el comportamiento inusual.

—¡A-Ada-sama! —respondió Ei, con la voz ligeramente entrecortada, mientras se acercaba a toda prisa. Hizo una rápida reverencia, pero sus manos estaban inquietas, aferrándose a su delantal.

"¿Pasó algo?", preguntó Ada directamente, cruzándose de brazos. Su postura relajada ocultaba una creciente curiosidad.

Ei dudó, apartando la mirada brevemente. "Bueno... Es que... tu madre..."

Ada arqueó una ceja, ahora verdaderamente intrigada. "¿Mi madre? ¿Qué le pasó?"

La sirvienta respiró hondo, intentando ordenar sus pensamientos. «Ella... está... en su habitación... llorando...», comentó Ei. Ni siquiera parecía la mujer tranquila que solía ser, lo que demostraba lo preocupada que estaba por su señora.



Ada se detuvo en medio del pasillo, parpadeando varias veces como si hubiera oído algo completamente absurdo. "¿Llorando? ¿Mi madre? ¡¿La mujer que solo piensa en espadas y más espadas?! ¿Estás segura de eso, Ei?"

Ei asintió con seriedad, lo que inquietó aún más a Ada. "Sí, Ada-sama. La vi... estaba en su habitación, sola, con las luces apagadas, y.... oí sollozos. No tuve el valor de entrar, pero pensé que debía advertirle."

Ada volvió a cruzarse de brazos, intentando procesar la información. «Mi madre... llorando. Esto no tiene sentido. ¿Rompió una de sus espadas y se puso sentimental?»



Ei intentó disimular una sonrisa nerviosa ante el intento de Ada de ser bromista. "No sé, pero esto es muy... inusual. Nunca había mostrado algo así."

Ada suspiró, pasándose una mano por el pelo. "Está bien, está bien. Yo me encargo. Averiguaré qué pasa".

Empezó a caminar hacia la habitación de su madre, murmurando para sí misma: "¿Llorando? Lo próximo que me dirán es que está escribiendo poesía. ¿Qué demonios está pasando aquí?"

Al llegar a la puerta, se detuvo un momento a escuchar. El sonido apagado de los sollozos provenía realmente de adentro. Ada dudó, un poco nerviosa. No era como si supiera cómo lidiar con algo tan... emotivo.

Respirando hondo, tocó suavemente la puerta. "¿Mamá? ¿Está todo bien?"

El sonido cesó de golpe. Tras unos segundos, una voz firme y decidida respondió: «Estoy ocupado».

Ada puso los ojos en blanco. "Mamá, sé que estás ahí. Ei me lo dijo. ¿Qué pasa? No me voy hasta que abras la puerta".

Silencio. Finalmente, la puerta se abrió, revelando a su madre, con los ojos ligeramente enrojecidos, pero con la misma expresión seria de siempre.

"Estoy bien", dijo ella, tratando de recomponerse.

"No, no lo eres", replicó Ada, entrando en la habitación sin invitación. "Ahora, ¿me vas a decir qué pasa o debo adivinar?"





Su madre suspiró profundamente y cerró la puerta. «No es nada. Solo... un momento de debilidad».

"¿Debilidad?" Ada volvió a cruzarse de brazos. "¿Tú, la mujer que vendería a su propia hija por una espada? Tengo que oír esto."

Vacilando, su madre finalmente murmuró, su voz apenas audible: "Ni siquiera me miró... No dijo nada... ni hizo nada..."

Ada parpadeó, completamente confundida. "¿Él quién?"

Su madre permaneció en silencio, mirando hacia otro lado. Por un momento, Ada pensó que no obtendría respuesta, pero entonces notó algo extraño: el rostro de su madre estaba... ¿sonrojado?

"¿Mamá?", preguntó Ada, inclinándose hacia adelante. "No oí bien. ¿Quién?"

"VV-Vergil..." finalmente tartamudeó, en voz baja, como si cada sílaba fuera un esfuerzo monumental.

Ada se quedó paralizada, parpadeando lentamente mientras su mente intentaba procesar lo que acababa de oír. "¿Vergil...? ¡¿Mi esposo?!"

Su madre se cubrió la cara con las manos, visiblemente mortificada, pero aun así susurró: "Dijo que yo era suya... Pero... pero ni siquiera me ha mirado desde entonces... o.... o ha hecho nada..."

